

En el corazón del funk

Bailes sexuales. Altavoces vibrando. Supermercados de droga. Música con letras pornográficas. Favela. Pistolas. Cariño. Niños, ancianos, traficantes. Diversión en familia. Contradicciones. Tiroteo final. El Magazine se sumergió durante varias noches en el mundo del funk carioca, una música 100% favela que está conquistando el mundo. Escortados por sus músicos, recorrimos bailes funk de Ciudad de Dios y de otras favelas de Río de Janeiro

Entrada del baile funk en la favela Nova Holanda, parte del grupo de favelas conocido como Complexo do Alemão, en la zona norte de Río de Janeiro. Se trata de una área que no aparece en los mapas, parte del Río no oficial en el que viven varios millones de personas.

Texto de **Bernardo Gutiérrez**
Fotos de **Daniela Dacorso**



MÚSICA EL FUNK DE LAS FAVELAS

Vamos, buenorra, empi-
na tu culo." Los altavoces escupen letras
mordaces. Pornográficas. Desde su mesa de
mezclas Dj Sanny forma una vagina con sus
dos manos. Todos le imitan. "Estoy ardiendo,
estoy aguantando, ahhh, ahhh." Ellas
bailan a lo stripper: restriegan sus curvas en
la entrepierna de los hombres. Algunos bailan
pistola en mano, apuntando al cielo. Río
de Janeiro es un lienzo nocturno a nuestros
pies: luces sobre negro, mar opaco entre
montañas. La ciudad como algo lejano y bello,
ajeno. Sombras más allá de la favela.

Cuatro de la madrugada. El baile funk de
Salgueiro, un templo de diversión de la periferia,
está en su mejor momento. Mr. Catra,
la gran estrella de la noche, aún no ha actuado.
Es negro, de mirada sincera, carismático.
Catra apura un baseado (cigarro de marihuana).
Saluda a la concurrencia: "¿Preparados para
una descarga funk, gente?"

La favela de Salgueiro es un castillo inexpugnable.
Está escarbada en el morro, como llaman a
las formaciones rocosas de Río. Las casas se
arraciman contra la pared. Las calles serpentean
hacia el cielo.

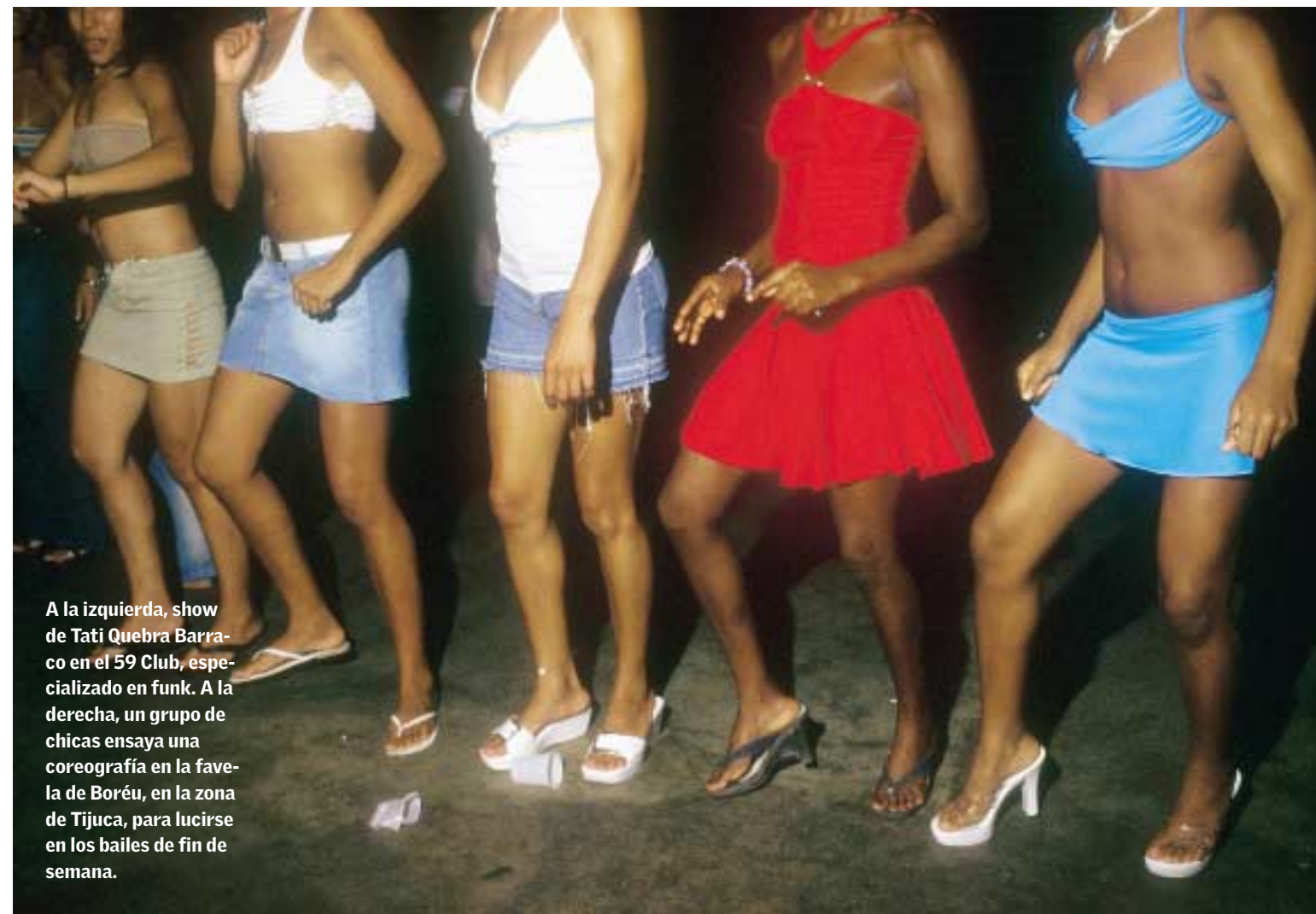
Pero rebobinemos un poco. Todavía pisamos
tierra firme, asfalto de ciudad. La policía registra
a todo el mundo. "Tranquilo, es normal a estas
horas", asegura Cadão, productor de Catra. Todo
en orden: ni armas ni drogas. Nuestra furgoneta
se adentra en Salgueiro, un territorio con reglas
propias. Aquí no entra la policía. La seguridad
corre por cuenta del "patrão" de la favela (el jefe
de los traficantes). Y el lenguaje cambia. Sólo se
habla "gíria" (jerga) de favela. Los policías son
"cachorros". Los delatores son "X9". El dinero,
"dindin". Y las mujeres atractivas son "cachorras"
o "popozudas".

Favela sound

Escalamos callejuelas retorcidas que no aparecen
en ningún mapa. En las esquinas, adolescentes
con "HK" (fusiles, en gíria). Sólo hay que hacer
la seña apropiada con los faros de la furgoneta.
Y en la subida decenas de coches con altavoces
escupiendo el verdadero credo de las favelas,
el funk carioca: "Somos fogosas, venga, ahhh,
ahhh, rómpeme, para arriba, para abajo".

¿Y cómo suena este revolucionario funk carioca?
Nada que ver con James Brown, desde luego.
Para hacer funk sólo hace falta un ritmo electrónico
potente, un sintetizador barato y una voz desafinada.
Cero sofisticación. Todo empezó en los setenta,
en las fiestas de funk y soul de Río. "Pero aquí
todo se hizo bastardo. Se mezcló con el miami
bass, con el hip hop, con algo de samba, con
techno. Nació algo nuevo, único", me cuenta
Cadão.

El funk carioca suena simple, repetitivo, rítmico.
Provocador. Y hasta grosero. Es la voz de los
pobres. Como los soundsystems de Jamaica, el
kwaito de Ciudad del Cabo, el kuduro de Angola
o el reggaetón de Cuba. Y ya ha sido definido
como la mayor revolución musical y social de
Brasil desde la bossa nova. "La diferencia –asegura
la cineasta Denise García, relacionada con el
movimiento– es que la bossa nova hablaba de
tonterías y el funk habla de lo que la nadie se
atreve a decir." Las letras combinan lo sexual
y lo social. Incluso hay cierta apología del crimen
en su vertiente "prohibidão", subgénero que
incluso ensalza las hazañas



A la izquierda, show de Tati Quebra Barraco en el 59 Club, especializado en funk. A la derecha, un grupo de chicas ensaya una coreografía en la favela de Boréu, en la zona de Tijuca, para lucirse en los bailes de fin de semana.

El funk carioca suena simple, repetitivo, rítmico, provocador y grosero. Las letras combinan lo sexual y lo social e incluso hay apología del crimen

de bandas de traficantes. Y todo cocinado con garrafales errores gramaticales. "La favela fue excluida y creó su propio lenguaje. El funk es el subconsciente colectivo", afirma Adriana Pittigliani, ex fotógrafa y mánera de Catra, mientras continúa el ascenso.

Hemos llegado. Niños y adolescentes caminan bailando. Ellas con giros de cintura, ellos con movimientos pélvicos. El corazón del morro parece un videojuego no apto para cardíacos: una explanada atiborrada de gente bajo la aplastante lluvia de funk.

Detrás de la pista de baile está el supermercado. Sacos llenos de cocaína, de marihuana. Traficantes con pistola o metralleta en el cinturón. Gritos: "A la rica marihuana". Todo en orden. Si la policía empezase a subir hacia la favela, lo sabríamos rápido. Los vigilantes de abajo lanzarían cohetes.

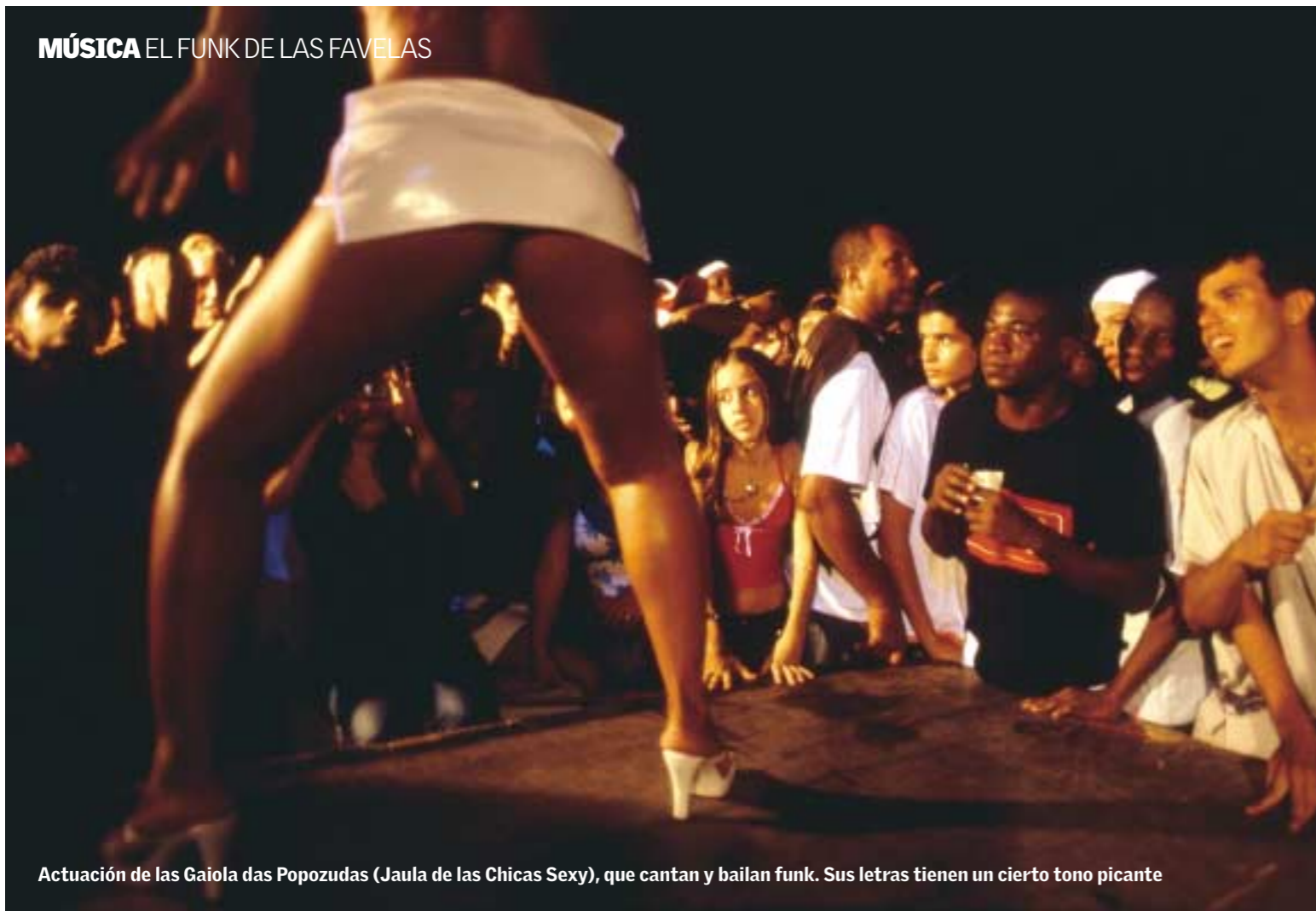
La expectación es grande en el baile de Salgueiro. Mr. Catra se lanza al escenario, saltando sobre una base rítmica. El público corea sus letras: "La favela no es sólo crimen, la favela también es arte".

Catra –37 años, 10 hijos, 7 ex mujeres– es la cabeza más visible del "prohibidão". En

muchos bailes, los artistas interpretan el "prohibidão" con pasamontañas. Y a veces los shows son en locales cerrados, con mujeres desnudas bailando sobre las pistolas. Fue procesado hace años por apología del crimen en la letra de "Cachorro": "Cachorro /Se quer ganhar um dindin/ Vende o X-9 pra mim./ O patrão tava preso/ sua sentença nós vamos executar./É com bala de HK" ("Policía, si quieres ganar pasta, véndeme tu chivato. Mi jefe estaba preso, pero mandó ejecutar su sentencia con bala de fusil"). Él se defiende: "El crimen forma parte de la favela. No soy cómplice del crimen, soy cómplice de la favela. Sólo retrato una realidad". Catra se deja la piel en el escenario. Y se rasga el alma con letras inequívocas: "Pido que acabe la violencia, el hambre o cualquier tipo de carencia".

De Ciudad de Dios a Copacabana

Desoyendo el mensaje de paz de Catra, el comando de Salgueiro baila con sus pistolas al aire. Se pavonean con orgullo infantil. Jamille –limpiadora doméstica de 24 años– me tranquiliza. "Que haya armas a la vista→



Actuación de las Gaiola das Popozudas (Jaula de las Chicas Sexy), que cantan y bailan funk. Sus letras tienen un cierto tono picante

→ no significa nada. La sociedad cree que aquí sólo hay violencia, pero no es verdad”, matiza Jamille con su sonrisa mulata.

Pero para entender bien el clímax de Salgueiro, vamos a rebobinar hasta el comienzo del maratón nocturno de Catra. Una de la madrugada. Nuestra furgoneta se acerca a Ciudad de Dios. Paramos en su entrada, en la sala Castelo das Pedras. El registro en la entrada es exhaustivo. Dentro, gorilas sobre plataformas vigilan armados en el centro de la pista. La multitud es negra. “Ahh, ahhh, estoy besando a tu marido, ah, ahhh.” Algún punto blanco, como Gustavo Ferrez, intenta seguir el ritmo. Gustavo, de 23 años, vive en el exclusivísimo barrio de Leblon. Pero viene al baile cada sábado. “No hay nada mejor en Río”, asegura. Catra salta. Grita, ríe, denuncia. El público, en su bolsillo desde la primera rima.

El expreso del funk continúa hacia Copacabana. La furgoneta está a reventar. Catra va abrazado a una mulata. “Si el mundo es gay yo soy marciano”, grita riendo. La cara más bonita de Río de Janeiro, el reducto de las clases pudientes, va apareciendo tras la

ventana: playa de Ipanema, Copacabana, un Pão de Açúcar bañado de luna.

“La clase media está loca por el funk, ahora es lo más fashion”, me dice Adriana. Los medios masivos siguen marginando el movimiento. Pero las garotas del barrio “chic” de Ipanema se derriten con el sexocanción del lumpen afavelado. Con la estética marginal. Con la revolución socialfeminista del funk carioca. “Las mujeres funkeiras proclaman el sexo libre sin complejos, declaran la guerra al machismo”, afirma Roberto Maxell, cineasta que rodó el documental sobre el funk “Tá tudo dominado”.

Glamour marginal

El funk ha salido del gueto. Se ha instalado en lugares “cool” como Foxfoxx (Copacabana), Scala (Leblón) o el Circo Voador (Lapa). Incluso arrasa en las pasarelas de moda. Río, São Paulo, Nueva York, París. La radio está a todo volumen: “Ahh, ahha, ven aquí mi tigre, te voy a tumbar en la cama, ahh”.

Llegamos tarde. La sala de Copacabana que esperaba a Catra ya ha cerrado. Próxima estación, Botafogo. Una carpa al aire li-

bre bajo el Pão de Açúcar supura funk por los cuatro costados. Casi todos son blancos. Niños bien. Parecen fascinados por la prosa picante del funk. O por sus disparos protesta. Catra no ha salido todavía. El dj nos regala “Fama de putona”, un hit de Tati Quebra Barraco, la nueva diva del funk carioca. “Tengo fama de putona porque me como a tu macho, ahhh, ah.” Adriana me resume por qué el funk es la reencarnación histórica (y la venganza) de los marginados de Brasil: “La favela fue excluida de la media. Y creó la suya propia. El funk es su chat y su telediarío, un cruce entre una Iglesia carismática y el carnaval”.

Lo que ni Adriana ni nadie sospechaba es que el funk de favela conquistaría el mundo. En Londres, gracias a colectivos como Slum Dunk, el funk de favela es lo más in. Dj Malboro (gran pionero del movimiento) arrasó en el Sónar de Barcelona en el 2004. Artistas como Catra, DJ Sandrinho o Tati Quebra Barraco han conquistado Alemania, Francia, Italia y Portugal.

Pero es Tati Quebra Barraco la verdadera musa del momento. “Quebrar o barraco” significa practicar sexo. Tati es fea, gorda,

El funk ha salido del gueto y **se ha instalado en lo más moderno de Copacabana o Lapa**. Y arrasa en pasarelas de moda de Nueva York y París

bajita. Una verdadera antidiva nacida en Ciudad de Dios que canta sin complejos canciones como “Soy fea pero estoy de moda” o “Abre las piernas y mete la lengua”. El mismísimo Gilberto Gil, ante el escándalo de la clase pudiente, la envió en el 2004 a Stuttgart como representante de Brasil. El Magazine pudo hablar con ella unos días atrás. “¿Por qué va a ser el hombre quien lleva a la mujer a la cama? Yo siempre presumo de que tengo dinero para pagar el motel al hombre”, me dijo Tati justo antes de subir a un escenario absolutamente kitsch: jaulas entre luces rojas.

Después del huracán Quebra Barraco, las mujeres han tomado el timón del funk. Incluso amas de casa. Empleadas de día, sexopredicadoras de noche. “El funk las está redimiendo, algunas son verdaderas estrellas”, me asegura Adriana mientras Catra sacude la noche con un Padre Nuestro (se declara muy religioso) en clave funk. Son las tres. El chat de la favela, con sus sus sacos de marihuana y sus movimientos pélvicos, nos espera.

Al lado del supermercado de la droga venden cerveza helada. Antonio —un inmi→



Baile en el club Boqueirão, en el centro de Río, que reúne a jóvenes de toda la ciudad



Baile en el club Duque de Caxia, ciudad dormitorio de Río de Janeiro



El club Santa Luzia, en el centro de Río. Bailar con las manos en las rodillas es propio del funk

Una imagen del baile funk en la comunidad Morro Chapéu Mangueira, en Leme, en el extremo de Copacabana. Abajo, los altavoces preparados para el baile en la favelá Tabajara, en Copacabana



→ grante peruano— despacha botellas sin parar. Dj Sanny agita el ambiente tras la actuación de Catra. Ancianos, adolescentes y niños desfilan en paz por la madrugada. Los vigilantes son meras siluetas apistoladas. Río de Janeiro, una sábana sucia y arrugada. Ahora entiendo el sentido de la palabra comunidad, que se utiliza en la periferia como sinónimo de favela. Vida comunal. Paz con pistolas.

Falta seda (papel de fumar). Unas niñas vienen corriendo por una callejuela con seda para todos. Rickson, un joven de 24 años, improvisa versos de funk mientras me ofrece cachaça de garrafón con Coca Cola caliente: "Yo soy afavelado y me llaman marginal, pero aquí todos saben que soy un hombre de verdad". Rickson no tiene em-

pleo definido. Tiene dos hijos. Varios primeros de Rickson son bandidos. Él trabaja. Y canta: "Lo mío es el funk, yo te cuento la verdad, tu racismo mentiroso nunca nos hará callar". Le dedica los versos a un hombre silencioso, un conocido criminal que está a nuestro lado. Poco a poco, el pistolero sonríe con brillo infantil, conmovido por las rimas de Rickson.

Son las seis de la mañana. Hace unos días decía Dj Malboro, el gran gurú, en su estudio de radio: "El funk es la música más democrática del mundo. Todo cabe. Todo se solapa. Melodías famosas, reggae, rap. En las tiendas no encuentras los CD, sólo en el top manta". Tienen razón. Ninguna música habría creado un grupo como las Gaiola das Popozudas (algo así como la Jaula de las

"El funk es la música más democrática del mundo. Todo cabe. Todo se solapa", proclama el gurú de los dj

Chicas Sexy), un trío de mujeres que reclutó a una enana en un circo para la banda. El clímax de cada show es el striptease de la enana. Funk cien por cien.

Tiroteo y cierre

Amanece. Apuramos la cachaça-cola. Se palpa algo extraño en el aire. Hay gente corriendo. Suenan tiros, bang, bang. Adriana me agarra del brazo: "Vámonos, ha pasado algo". El funk acabó. El rumor se confirma: mataron a alguien. Corremos hacia la furgoneta. El primer sol le quita las legañas a Río. Catra aparece corriendo. Y entonces siento el sabor amargo del hierro oxidado, el silbido desafinado e injusto de las balas perdidas. Un grupo de gente armada hasta los dientes nos rodea:

—¿Dónde vais, quiénes sois?

—Hermano, soy yo, Catra. Tranquilo.

—Perdona, hermano. Marchaos rápido.

La policía está abajo.

Nadie conoce aún los titulares del día siguiente: "Tiroteo en la salida del baile funk de Salgueiro". Había sido el último baile en la favela. Precintado. El tiroteo fue en la plaza Saens Pena, abajo, en Tijuca. Pero da lo mismo. Todos los que estuvimos en el baile/chat de Salgueiro somos delincuentes.

Nos alejamos por callejuelas que nos reintegran a una realidad paralela de frustraciones sexuales y turistas despistados. Río vuelve a ser Río: un lienzo azul salpicado de rocas, una postal casi impoluta.

La furgoneta se aleja como meciéndose al son del "Rap da felicidade", de Cidinho e Doca: "Sólo quiero ser feliz, andar tranquilamente en la favela donde nací".

IDEAS

Genio y figura

Una muestra organizada por el pabellón de España en la Exposición Universal de Japón refleja la influencia de lo español en las creaciones de los mejores modistos a lo largo de la historia. Desde la obra de los grandes pintores a la indumentaria de los toreros o los vistosos faralaes tienen su presencia en las pasarelas



Vestido de noche de Dior, diseñado por John Galiano. Colección otoño-invierno 2003-2004